

## XXVII

Hemos anticipado algunos acontecimientos para acabar con los principales gefes pompeyanos antes de llegar á Caton.

A la noticia de la derrota de Thapso y á la aparicion de los fugitivos, reinó en Utica la mayor agitacion; los habitantes, creyéndose mal defendidos por sus murallas, querian huir, y todos corrian por las calles como insensatos lanzando gritos. Pero Caton salió y detuvo á los que halló al paso. Les repitió tantas veces y tan bien, que las malas noticias se exageran siempre, y que segun todas las probabilidades el mal no era tan grande como se decia, que acabó por apaciguar el tumulto.

Caton habia formado un consejo de trescientos notables, escogidos entre los romanos establecidos en Africa á causa de sus negocios.

Se llamaba á aquel consejo los *Trescientos*.

Caton los invitó á reunirse en el templo de Júpiter, con todos los senadores presentes en Utica y los hijos de los senadores.

Mientras se formaba la asamblea, se dirigió él mismo al sitio indicado, y mientras que todo el mundo azorado corria acá y acullá con la mayor agitacion, él atravesó la ciudad con la mayor calma, con una actitud firme, llevando un registro que andando estaba hojeando. Aquel registro era un estado de los recursos para la guerra, máquinas, armas, víveres, arcos y soldados.

Así que todos estuvieron reunidos, Caton dirigió la palabra á los trescientos, alabó el celo y la fidelidad con que hasta entonces se habian distinguido, les escitó á que no perdieran la esperanza, y sobre todo, á que no se separaran para huir cada uno por su lado: segun decia Caton, huir de aquel modo era perderse todos. Les hablaba en estos términos:

—Si quedais unidos, César os respetará mas, y en caso de que les pidiérais cuartel, os lo concederia mas fácilmente. Además, examinad lo que teneis que hacer, os deo dueños absolutos de vuestra conducta. Reflexionad, y tomad una resolucion; no vituperaré ninguno de los dos partidos que tomeis; si vuestros sentimientos cambian con la fortuna, atribuiré este

cambio á la necesidad ..... ¿Quereis hacer frente á la desdicha, arrostrar el peligro, defender la libertad? alabaré, admiraré vuestra virtud, y me ofrezco á ser vuestro gefe y á combatir á vuestro frente, hasta que probeis la fortuna, próspera ó adversa, de vuestra patria. Y á propósito de patria, vuestra patria no es Utica ni Andrumeta, es Roma, la cual mas de una vez y por efecto de su propia grandeza, se ha levantado despues de caidas mucho mas funestas. Os quedan varias alternativas de salvacion, varios motivos de tranquilidad. El principal es, que haceis la guerra contra un hombre que no obra segun su voluntad, sino impelido por las circunstancias, y á quien sus negocios arrastran á la vez á distintos puñtos. España sublevada contra César, ha abrazado la causa del jóven Pompeyo. Roma no ha podido aceptar del todo un yugo al que no está acostumbrada. Se subleva contra la servidumbre y está pronta á levantarse al menor cambio. No huyais el peligro, pero que el ejemplo de vuestro enemigo os sirva de leccion; este, en vista de las mayores injusticias, prodiga todos los dias su vida, sin tener como teneis vosotros por objeto el fin de una guerra cuyo éxito es incierto, ó una vida dichosa si sois vencedores, ó la muerte mas gloriosa si fracasais en la empresa. Ademas, deliberad, rogando á los dioses que en premio de la virtud y del celo que os distingue hasta

ahora, lleven á buen fin las resoluciones que habeis adoptado.

Así habló Caton. No estuvieron de mas sus discursos ni su ejemplo para obrar en el ánimo de algunos de los circunstantes; pero el mayor número, sin embargo, al ver tanta nobleza de corazon; tantos pensamientos de humanidad y tanta intrepidez, olvidó el peligro de la situacion y consideró á Caton como un gefe invencible.

Se le dieron poderes omnímodos.

Todos decian:

—Mas vale morir obedeciendo á Caton, que salvar nuestra vida haciendo traicion á tan virtuoso varon.

Uno de los Trecientos propuso poner en libertad á los esclavos, y casi toda la asamblea aprobó la proposicion.

Pero, Caton se opuso, y dijo:

—Eso no es justo ni legítimo. Si los dueños mismos les dan libertad, recibiré en las filas de mi ejército con mucho agrado, los que tengan la edad de llevar las armas.

Entonces algunos se levantaron, diciendo:

—Damos la libertad á los nuestros.

—Está bien, dijo Caton, que se tome razon de estas declaraciones.

Se tomó razon de las declaraciones.

Entonces Caton recibió cartas de Juba y de Scipion.

Juba se había refugiado en las montañas, no habiendo intentado todavía su fatal empresa contra Zama. Preguntaba á Caton lo que había resuelto hacer. Le decía:

—Si debes abandonar á Utica, y venir á reunirte conmigo, te esperaré; si quieres sostener un sitio, iré á reunirme contigo con mi ejército.

En cuanto á Scipion, estaba anclado en un promontorio, no lejos de Utica, y allí esperaba el partido que iba á tomar Caton.

Caton detuvo á los mensajeros que le habían traído cartas, hasta que quedó muy asegurado del partido que los Treseientos habían de tomar.

Pero muy pronto el consejo se dividió en dos bandos.

Los senadores de Roma, quienes á cualquier precio querían sentarse en sus sillas curules, estaban llenos de entusiasmo y prontos para cualquiera acto de abnegación.

Estos, después del discurso de Caton, habían dado libertad á sus esclavos, y les habían incorporado en las filas.

En cuanto á los demás, eran mercaderes especuladores de objetos ultramarinos, ocupándose del giro y teniendo á sus esclavos como su principal riqueza.

Estos olvidaron pronto el discurso de Caton, y lo dejaron filtrar á través de su espíritu. Dice Plutarco:

“Hay cuerpos que pierden el calor tan pronto como lo reciben, y que se enfrian así que se les aparta del fuego. Así eran los hombres calentados con la presencia de Caton. Mientras Caton se hallaba presente, que lo tenían á la vista, que les hablaba, que los animaba, todo iba á las mil maravillas; pero así que los dejaba entregados á sus propias reflexiones, el temor que les inspiraba César borraba en su corazón todo el respeto que profesaban á Caton y á su virtud.”

Y en efecto, hé aquí lo que decían aquellos hombres:

—En consecuencia, ¿quiénes somos y á quién rehusamos obedecer? ¿No es en César en quien se concentra en el día toda la potencia romana? Ninguno de nosotros es en el día ni un Pompeyo, ni un Scipion, ni un Caton. Somos mercaderes y no tenemos más nombradía que la de honrados traficantes. No tenemos en política ningún puesto que ocupar, ¿De qué proviene, pues, que en un tiempo en que todos los hombres cedían al terror, y se ocultaban más de lo que deben, nosotros débiles, escogemos este tiempo para combatir en favor de la libertad de Roma, con la pretension insensata de sostener en Utica la guerra?

ra contra aquel delante de quien Caton y el Gran Pompeyo han marchado en precipitada fuga, abandonándole el imperio del mundo? ¿Qué hacemos? Libertamos á nuestros esclavos para que combatan contra César, y nosotros, pobres esclavos, no nos queda mas libertad que la poca que plazca dejarnos á César. Curémonos de semejante locura, reflexionemos en lo que somos, y mientras sea todavía tiempo, recurramos á la clemencia del vencedor y pidámosle nos acoja con indulgencia.

Adviértase que eran los mas moderados los que así se espresaban; los demas no decian nada, pero esperaban la ocasion de echar mano á los senadores y entregarlos á César.

De modo que los mas honrados de aquellos dignos mercaderes, que hubieran mirado en tiempo de paz como una vergüenza el faltar á sus compromisos; los mas honrados, eran los que soñaban en un acto de cobardía.

### XXVIII

Caton conocia á los hombres con quienes se las habia: por este motivo no quiso esponer á Juba y á Scipion al peligro que amagaba á los senadores y á él mismo, pues nada le probaba que si César hacia de la entrega de Caton una condicion de su clemencia, no dejarian de entregarlo, ya que se proponian entregar á los demas.

Les escribió á ambos que se mantuvieran alejados de Utica. Entonces Scipion pensó en irse á España, y Juba á su capital.

Se ha visto ya lo que les sucedió á los dos.

Mientras tanto además de algunos ginetes á quienes hemos visto saquear á Utica al pasar, y no alejarse sino llevándose cien sestercios de Caton y ciento por cada hombre á Sila, un cuerpo de caballería

considerable habia venido á guarecerse en los muros de Utica.

Conociendo los instintos mercaderes de los primeros, Caton habia mandado cerrar las puertas de la ciudad. Por este motivo, le enviaron á tres de ellos.

Unos querian ir á encontrar á Juba, otros querian incorporarse en el ejército de Caton, y los tres mensajeros tenian encargo de consultar á Caton acerca de lo que debian hacer.

Entre ellos habia un tercer partido, el cual sabiendo que los habitantes de Utica eran partidarios de César, temian entrar en la ciudad.

Solicitaban, pues, que Caton se dirigiera cerca de ellos. Pero Caton estaba en la misma situacion que el Dante en Florencia, cuando viéndose en el caso de enviar á uno á Venecia, decia:

—Si me quedo, ¿quién irá? si voy, ¿quién se quedará?

En fin, encargó á Marco Rabrio quedara en Utica con objeto de vigilar á los Trescientos.

El reunió á los Senadores, salió de la ciudad con ellos, y se dirigió á la conferencia.

Durante su ausencia, Marco Rabrio debía recibir las declaraciones de liberacion de esclavos; se le habia encargado la mayor afabilidad con todos y que no obligara á nadie.

La oficialidad del cuerpo de caballería esperaba á

Caton con la mayor impaciencia. Conocia que aquel hombre era su última esperanza. Por su parte, él contaba con ellos.

Les conjuró teniendo que elegir entre él y Juba, que escogieran á Caton; que teniendo que tomar parte por Roma ó por Zama, escogieran á Roma. Les rogó que se agruparan en derredor de los senadores, quienes eran un poder político, si no eran defensa material. Podian entrar con él en Utica, plaza de fuertes murallas y difícil de tomar, ciudad bien provista de víveres y de municiones para algunos años, y sostenerla contra César como Marsella, la cual, sin tener todas estas condiciones, se habia sostenido.

Los senadores les dirigieron los mismos ruegos, con las lágrimas en los ojos, y los oficiales se retiraron para consultar con sus soldados acerca de lo que se habia dicho.

Esperándolos, Caton se sentó en una altura con los senadores. Hacia muy poco tiempo que estaban sentados, cuando se vió llegar á un jinete á rienda suelta.

Era Marco Rabrio que venia á participar que los Trescientos se habian pronunciado y habian sembrado la turbacion en la ciudad, cuyos habitantes sublevaban.

Esta sublevacion era la perdicion de los senado-

res: con este motivo estos empezaron á lamentarse y á suplicar á Caton.

En semejante tempestad, Caton era la única estrella que habia quedado pura y centellante, y cada náufrago remaba contra él.

Envió á Marco Rabrio á Utica, encargándole dijera en su nombre, en el nombre de Caton, á los Trescientos, que les rogaba esperasen su regreso antes de adoptar una resolucion.

Marco Rabrio partió. En aquel tiempo volvieron los oficiales y se espresaron en estos términos:

—No necesitamos ponernos al sueldo de Juba ni de volvernos númeradas, aunque se suponga que sigamos á Juba. Además, no tememos á César mientras tengamos á Caton á nuestra cabeza. Pero nos parece peligroso encerrarnos en una ciudad con los uticenses, pueblo púnico y cuya lealtad nos es sospechosa.

Ahora están tranquilos,—los oficiales ignoraban lo que acababa Rabria de decir—están tranquilos ahora, pero así que César parezca, le ayudarán á atacarnos ó nos entregarán á él.

Ahora, si quiere Caton que nos incorporemos en sus banderas, es preciso que nos entregue la ciudad de Utica, para que hagamos con ella lo que nos plazca, y no le ocultemos nada de lo que pretendemos hacer; espulsaremos y degollaremos hasta el último

vecino, y entonces únicamente nos creeremos seguros dentro de sus murallas.

Caton convino interiormente en que aquellas condiciones eran las que debian imponer hombres celosos de su seguridad; pero eran bárbaros.

Sin embargo, contestó con su calma habitual, que deliberaria sobre el particular con los Trescientos, y volvió á entrar en Utica.

Pero ya los Trescientos habian arrojado la careta; seguros de las disposiciones de los habitantes, declararon resueltamente que no pelearian contra César, y algunos fueron hasta á decir á media voz que seria un acto de política apoderarse de los senadores, reteniéndolos presos hasta que aquel llegase. Caton no hizo caso de tales dichos, fingiendo no oirlos, y quizá, como era sordo, no los oyó en efecto.

En aquel momento fueron á anunciarle que los ginetes se retiraban.

Aquella era otra desgracia, pues temia que en cuanto ellos partiesen, los Trescientos cometiesen alguna violencia contra los senadores. Montó al punto á caballo y tornó á donde estaban.

Oficiales y soldados parecieron volverlo á ver con la mayor satisfaccion, recibéndolo con demostraciones de alegría y exhortándolo á huir con ellos.

Pero Caton meneó la cabeza; tenia tomada interiormente otra resolucion. Luego, llenos los ojos de

lágrimas y tendiéndoles las manos, les suplicó que no abandonasen á los senadores; y viendo que á pesar de sus ruegos se disponian á partir, detuvo á varios por la brida del caballo, tratando de hacerlos dirigirse á Utica.

Algunos, en efecto, llégaron á compadecerse y prometieron demorar su partida hasta el dia siguiente, á fin de asegurar la retirada de los senadores.

Caton entonces los condujo hácia la poblacion, colocando á unos en las puertas y á otros en la ciudadela.

Los Trescientos tuvieron miedo y mandaron en seguida á suplicar á Caton que fuese á donde ellos estaban; pero los senadores por su parte se estrecharon á su alrededor, rogándole que no los abandonase y diciendo entre sí que seria abandonado á su vez, dejándolo ir á ver á aquellos hombres pérfidos y traidores.

“En efecto, dice Plutarco, en aquel momento la virtud de Caton era universalmente reconocida y todos los que se habian refugiado en Utica sentian hácia él el mismo amor y la misma veneracion, pues jamas se habia notado en su conducta la menor huella de artificio ó falsedad.”

## XXIX

Aquel desden de Caton por cuanto atañia á su persona, y sus continuos sacrificios por los demas, procedian de que habia decidido, desde hacia largo tiempo, darse la muerte. Cuanto mas se cernia, por decirlo así, sobre aquella vida que iba á abandonar, tantos mas tormentos y dolores experimentaba pensando en los que iba á dejar entregados á las tempestades de la tierra.

Así, antes de poner en ejecucion aquel siniestro proyecto, resolvió proveer á la seguridad de todos los pompeyanos que estaban á su alrededor, y una vez cumplido ese deber, solo ya consigo mismo y con su génio vencido, librarse de la vida.

“Su impaciencia por morir, dice Plutarco, no podia ocultarse, aunque no dijese nada á nadie sobre el particular.”

Empezó por tranquilizar á los senadores, y luego, para llenar hasta el fin los deberes que se habia impuesto, fué á ver á los Trescientos. Estos le dieron las gracias por la confianza que les mostraba y le suplicaron que los dirigiese en una resolucion que habian tomado, anunciándole, sin embargo, que dicha resoluccion era irrevocable.

Querian enviar diputados á César.

—Ay! le dijeron, nosotros no somos como tú y entre todos juntos no tenemos la virtud de un Caton; compadécete, pues, de nuestra debilidad. Resueltos á enviar diputados á César, para tí será para quien primero imploremos su clemencia. Si no accedes á nuestras súplicas no aceptaremos tampoco gracia alguna para nosotros y combatiremos á tu lado hasta exhalar el último aliento.

Pero Caton, sea que no tuviese gran confianza en la fé púnica, ó que no quisiese arrastrar consigo tantos hombres á un abismo, les prodigó grandes elogios por la buena voluntad que le manifestaban, aconsejándoles al propio tiempo que enviasen cuanto antes diputados á César, a fin de asegurar sus vidas.

—Unicamente, añadió con una sonrisa triste pero resuelta, no pidais nada para mí. Los vencidos son los que deben implorar al vencedor, y los culpables pedir perdon; y yo por mí no solo he sido in-

vencible toda mi vida, sino que aun hoy soy tan vencedor como he deseado, pues tengo sobre César la ventaja de la honradez y la justicia. El es el verdadero vencido, pues sus designios criminales contra la patria, que en otro tiempo negaba, hélos ahí públicamente reconocidos.

Los Trescientos no deseaban sino que Caton los instase. Así, despues de haberle oido, se decidieron á hacer su sumision á César.

La cosa era tanto mas urgente, cuanto que el vencedor marchaba sobre Utica.

—Bah! exclamó Caton al saberlo, parece que al menos nos trata como á hombres.

Despues, volviéndose hácia los senadores:

—Vaya, dijo, no hay tiempo que perder, amigos míos; se trata de que podais poneros en salvo mientras la caballería se halla aún en la ciudad.

En seguida dió orden de cerrar todas las puertas excepto las que daban al mar, distribuyó los buques entre los fugitivos, cuidó de que todas las operaciones del embarque se hicieran sin confusion, y aseguró á los que carecian de recursos alimentos grátis para todo el viaje.

Mientras se hallaba de tal modo ocupado, llegó á la vista de Utica otra fraccion del ejército de Scipion, compuesta de dos legiones mandadas por Marco Octavio.

Este acampó á cosa de media legua de las murallas, y desde allí hizo preguntar á Caton cómo pensaba arreglarse con él respecto al mando de la ciudad.

Caton se encogió de hombros sin contestar una palabra al mensajero, y despues, volviéndose hácia los que le rodeaban:

—¿Qué tiene de extraño, dijo, que nuestros asuntos estén tan desesperados, si vemos á la ambicion de mando sobrevivir hasta á nuestra misma pérdida?

En aquel momento fueron á anunciarle que la caballería partia, pero que, al hacerlo, saqueaba las casas, llevándose el dinero y los objetos preciosos de los ciudadanos como despojos ópimos.

Caton se lanzó inmediatamente á la calle, corriendo, uno tras otro, á los diferentes puntos donde tenia lugar el pillaje. Alcanzó á los primeros y les arrancó de las manos el botin que habian hecho.

Al punto los demas, avergonzados de su conducta, abandonaron lo que habian cogido, retirándose todos llenos de confusion y con los ojos bajos.

Embarcados ya sus amigos y fuera de la ciudad la caballería, Caton reunió á los uticenses á fin de suplicarles que se mantuviesen en buena armonía con los Trescientos, sin escitar unos ni otros al enemigo comun. Despues volvió al puerto, dirigió un

último adios á los fugitivos, que bogaban ya en alta mar, encontró á su hijo, que habia fingido estar dispuesto á marchar con los demás, pero que se habia quedado en tierra, lo felicitó por ello en vez de reprenderlo y se dirigió con él hácia su morada.

Vivian entónces con Caton en la mayor intimidad tres hombres, á saber: el estóico Apolónides, el peripatético Demetrio y un jóven llamado Statibio, que se jactaba de tener una fuerza de alma á toda prueba, pretendiendo que, sucediera lo que sucediera, no se mostraria menos ímpasible á todo que el mismo Caton.

Este solia reirse de aquella pretension del aprendiz de filósofo y decia á los otros dos.

—A vosotros toca, amigos míos, curar la hinchazon de ese jóven reduciéndola á sus verdaderas proporciones.

En el momento en que, despues de haber pasado una parte del dia y toda la noche en el puerto, volvia Caton á su casa, halló en ella á Lucio César, pariente de César, delegado por los Trescientos para ir á interceder en su nombre cerca del vencedor.

El jóven iba á suplicar á Caton que le ayudase á componer una arenga que conmoviese á César y diese por resultado la salvacion comun.

—Respecto á vos, le dijo, confiad en mí; cuando

le implore en favor vuestro tendré un placer en besar sus manos y abrazar sus rodillas.

Caton le interrumpió:

—Si quisiera deber la vida á la clemencia de César, le contestó, iría á verlo solo . . . . Pero no quiero tener que agradecer nada al tirano en cosas sobre las cuales carece de poder alguno. ¿Con qué derecho, si no, concedería como un dios la vida á los que no dependen de él? Sentado eso, y exceptuado yo del perdon general, examinemos lo que puedes decirle en favor de los Trescientos.

Y ayudó á Lucio César á componer su discurso, despues de lo cual le recomendó sus amigos y su hijo.

—¿No volveré, pues, á veros cuando regrese? le preguntó el jóven.

—Probablemente habré partido, le contestó Caton.

Y lo acompañó hasta la puerta, donde lo despidió, regresando luego á su habitacion.

Una vez allí, como si hubiese empezado ya á hacer sus últimas disposiciones, llamó á su hijo, al cual prohibió mezclarse de ningun modo en los negocios del gobierno.

—El estado de las cosas, le dijo, no permite hacer nada que sea digno de Caton. Mas vale abstenerse absolutamente de todo, que hacer algo que sea indigno de nuestro nombre.

Al acercarse la noche se dirigió al baño.

Metido ya en él, se acordó del jóven filósofo Statilio.

—A propósito, querido Apolónides, dijo, no he vuelto á ver nuestro estoico, lo cual me prueba que habrá cedido á tus instancias y se habrá embarcado. Ha hecho muy bien, pero siento que se haya ido sin decirme adios.

—Bah! contestó Apolónides, no hay nada de eso; á pesar de cuanto le he dicho, se muestra mas obstinado é inflexible que nunca, declarando que permanecerá en Utica y que hará cuanto haga Caton.

—Ya veremos eso esta noche, replicó el filósofo.